

38.-El Jilguero del País

Sus cantos, vida y costumbres

Comprenderá el lector que toda ave y en especial las canoras, varían mucho en sus características, cantos y costumbres según el país donde habitan.

Por estudios realizados por especialistas y aficionados respecto a la vida de nuestro kardantxillo, sabemos la gran diferencia que presenta en muchos aspectos con los elegantes jilgueros que pasan por este país en ciertas épocas del año.

La especie que cría y habita en nuestros campos como acabo de decir, varía mucho del señalado anteriormente por su tamaño, colorido, cantos, etc., así como en la sociabilidad con sus congéneres extraños o de pase.

Nuestro pequeño jilguero, vive en el país reunido en familias o colonias, haciendo su vida a bastante distancia de una a otra colonia y no mezclándose jamás con aves que no sean de su especie aunque se trate de canoras.

El conocimiento y estudio de estas aves, es muy interesante para el aficionado que desea saber cuáles son sus características y las diferencias que tiene aunque se trate de canoras de la misma especie.

El jilguero de nuestro país, es esbelto, pequeño y fino; con la pluma apretada al cuerpo, de temperamento nervioso y activo, con cabeza pequeña, siendo el color de sus plumas de tonos menos vivos que los de sus congéneres de pase.

El pico es largo en el macho, con la punta del mismo manchado de negro, la cabeza está adornada con una especie de corona de color rojo oscuro o aterciopelado, sus mejillas son blancas pero algo sucias; la cabeza es de un negro azabache, su espalda de un color marrón oscuro, siendo sus remeras negras en combinación de bonitas plumas amarillas entrelazadas; el pecho, es de color marrón fino, el vientre blanco algo sucio y las timoneras negras, con manchas de blanco nevín en sus bajeras.

Sus cantos y su voz difieren mucho de los jilgueros de pase, así como su sociabilidad que no es la misma con la especie extraña.

Relataré un sucedido que confirma cuanto digo:

“En los años de mis primeros estudios, una de mis mayores aficiones era la de dar caza a estas pequeñas canoras que en los campos del pueblo donde nací estaban viviendo en grupos o colonias, entre los que había ejemplares extraordinarios. Así que estas

aficiones eran siempre dirigidas a la caza y estudio de ellas, con preferencia a otro entretenimiento.

Recuerdo que un buen día, un familiar mío se presentó en casa con un interesante regalo que para mí era el mayor y mejor obsequio que me podían hacer, y consistía en una bonita jaula donde un precioso jilguero estaba aprisionado.

¡Jamás habían visto mis ojos un ejemplar tan elegante, de colores tan vivos y cuerpo tan esbelto!

Ante semejante huésped, mi alegría no tenía límites; cantaba mucho, sobre todo cuanto más personas y barullo había en el lugar designado para el prisionero, que era el comedor.

Con estos antecedentes y la ignorancia que yo tenía respecto a la calidad de estos jilgueros, mi alegría y satisfacción era muy grande y no pudiendo ocultarlo, me presenté donde un amigo aficionado y muy entendido en estas aves, dirigiéndole en vasco, estas palabras:

—Pelli: Me han regalado un jilguero que seguramente no habrás visto un ejemplar tan precioso y tan cantarín; y le expliqué a continuación las características del hermoso pájaro.

—Esos kardantxillos, me contestó Pelli, no son del país; tienen mucha presencia y mucho colorido y sus cantos, muy raros, tienen mucho que desear; es más, no valen como reclamos para atraer a nuestros jilgueros, puesto que en general éstos no acuden a sus raras llamadas y sus débiles y cortos redobles; de todas maneras —me dijo—, mañana mismo podemos ir a probarlo a una de las colonias que tú sabes existe en el barrio de Arribaltza, pero dudo que podamos hacer nada con el reclamo que tú tienes, puesto que los jilgueros de estas colonias no respetarán sus cantos, pues sólo acuden en general a las llamadas y redobles de sus congéneres del país.

Después de oír tan dolorosa respuesta, malhumorado y disgustado, me conformé con la propuesta que el amigo Pelli me hizo de acudir al día siguiente a la colonia de Arribaltza, con intención de demostrarle todo lo contrario de las afirmaciones que acababa de oír respecto a mi elegante jilguero.

Llegada la mañana de un hermoso día de otoño, nos dirigimos al barrio citado de Arribaltza, con el propósito de organizar la caza de jilgueros y al mismo tiempo probar la calidad de mi hermoso pájaro en la antes citada colonia, donde existen ejemplares de primerísima calidad, considerados así por expertos y aficionados del pueblo.

Escogido el lugar mas apropiado para colocar el arbolito y re-

clamo para que su vista alcanzara un gran espacio, el jilguero empezó a cantar en cuanto nos retiramos a distancia prudencial, pero observados estos cantos por mi aficionado y experto amigo, éste me iba explicando la mala calidad de los mismos, que en verdad más parecían de pinzón, pardillo u otra ave cualquiera.

Cada vez que terminaba de lanzar un redoble, mi amigo se dirigía a mí y con cara de mal humor, me decía con una risa fingida y burlona: "kanta satarrak".

Estas palabras me herían como si me insultaran, pero antes de contestarle tenía que probarle la sinrazón de ellas, puesto que no había llegado todavía el momento de la pasada de jilgueros de la colonia.

Por fin y a gran distancia oímos el popillit... popillit... del jilguero que a mucha altura venía en dirección al reclamo. Nuestro pájaro llamó con todo interés al compañero que pasaba por encima en aquel momento, no consiguiendo que desviase la ruta que llevaba a un alto árbol que había a cincuenta metros del reclamo, donde se posó.

Colocado el colono de Arribaltza en la rama más alta del árbol indicado, comenzó a llamar y redoblar de una manera maravillosa y enérgica, atrayendo a su alrededor a todos cuantos compañeros existían en aquella zona. Nuestro gentil reclamo siguió llamando y cantando en la medida de sus fuerzas, pero ante la potencia de voz y la insistencia del paisano, enmudeció en tal forma, que allí no reinaba más que el colono que consiguió atraerse a su alrededor a toda la familia o colonia del lugar indicado.

Fué este momento de gran emoción para mí, puesto que veía el fracaso que le venía encima respecto a la valía de su elegante jilguero y para mayor desventura, el buen cantor de la colonia no dejaba alejarse a ninguno de los que había reunido a su alrededor, los cuales continuaban callados y obedientes, a las indicaciones del que cada vez parecía más hermoso que su gentil hermano esclavizado que nos servía de reclamo, el cual no piaba ya ante la superioridad de los cantos, voz y energía del cantor de Arribaltza.

En esta vergonzosa situación estuve un buen rato ante mi profeta amigo, sin que nuestro elegante prisionero diera señales de vida, pareciéndonos que se lo había tragado la tierra, hasta que al pequeño del lugar le dieron las ganas de abrir sus alas y al sonido del vulgar popillit... popillit... se llevó con él a toda la colonia de jilgueros que tenía hipnotizados a su alrededor.

Después de mi fracaso como entendido txorizale, continuamos

durante mucho tiempo en el mismo lugar por si algún jilguero que pasaba solo, se descuidaba en acudir al reclamo y quedaba aprisionado, pero en vista de que nadie daba señales de vida, acordamos levantar el reclamo y trasladarnos al pueblo, al mismo tiempo que Pelli me decía:

“Todo lo sucedido hasta este momento, lo preveía yo de antemano y por esto te hablé con toda claridad respecto a las malas condiciones que reúne el jilguero de pase con relación a estos nuestros jilgueros del país que habitan en estas colonias.”

Posteriormente, el autor hizo un estudio de la vida y costumbres de nuestro kardantxillo, así como de la rica variedad de sus cantos, sacando en consecuencia que hasta éstos son distintos de una colonia a otra, por lo que los txorizales del pueblo conocían por los cantos del prisionero a qué colonia pertenecía cuando gozaba de libertad.

Estas canoras hacen su vida en los distintos barrios de las Anteiglesias de Luno y Forua, llamados y conocidos con los nombres de Arribaltza, Andabide y Baldatika, y son muy apreciadas por los entendidos del pueblo.

También en los alrededores de Donastia, hay grupos de jilgueros establecidos en colonias que aunque pocos en número son muy apreciados por los expertos txorizales que los conocen con el nombre de “beltz txikiak”, que una vez acostumbrados al cautiverio, no envidian al canario mejor educado.

Estos grupos o colonias existen en Ulía, Urgull, Mendiola, etcétera, siendo sus cantos de mucha variedad en sus llamadas y redobles, además de sus txintxines lanzados con voz potente y agradable, que hacen un conjunto de canto salvaje, que en el campo se les oye a distancia muy grande.

En esta forma habita nuestra bonita ave canora en los montes y valles de nuestro país, sin que jamás se le vea con otras aves que no pertenezcan a su especie, como sucede con los elegantes jilgueros de pase que en compañía de pardillos, pinzones y otras variedades canoras, pasan por nuestros valles y aldeas, haciendo su vida con aquéllas y mezclándose en sus cantos y costumbres.